

Un beso de Dios

Jacobo Sefamí*



Tendrás que saber que todo está calculado. Y no te dejes seducir por tu mal instinto, de que el sepulcro será tu refugio. Porque en contra de tu voluntad fuiste creado, en contra de tu voluntad naces, en contra de tu voluntad vives, y en contra de tu voluntad mueres, y en contra de tu voluntad tendrás que rendir cuentas delante del Rey de los Reyes, el Santo Bendito El. Mishná, Avot 4 – 29

Ababya, hijo de Mahalel dice: ¿De dónde vienes? De una gota fétida. ¿A dónde vas? A un lugar de polvo y gusano. ¿Ante quién estás destinado a rendir cuentas? Ante el supremo Rey de Reyes, el Santo bendito El”

Mishná, Avot 3-1

*Despiértala, ya son las diez y media. Lupita subió corriendo: era una llamada de larga distancia. Saqui, desde Estados Unidos. Ya a Lupita le había extrañado que mamá no pidiera su café turco. Abrió la puerta y la vio acostada, como de costumbre, con la bata de nylon. La movió con cuidado, porque mamá siempre tenía el sueño ligero y despertaba asustada ante cualquier ruido. Pero no reaccionó. Descolgó la bocina de la recámara y le dijo a Saqui que mamá no se quería despertar. El se empezó a impacientarse; llevaba dos minutos perdidos, las llamadas por la mañana son más caras. *Cómo que no se despierta, ¡sacúdela!* En ese momento, Lupita se dio cuenta: *no se despierta, no se despierta. ¡Señora, señora, despiértese!, ¡Dios mío, ayúdame!* Por la voz de Lupita, a Saqui se le revolvió el bagel con queso crema que comía en ese momento; quiso escupir, pero no pudo. *Háblale a una ambulancia, de inmediato.**

Saqui colgó el auricular y empezó a abrir cajones para buscar la libreta de teléfonos. Pensó en la esposa de Beni, Fortuna, que vivía cerca de mamá. Pero no estaba en la casa. Después, intentó llamarle a Elena, pero igual no estaba. Tuvo que llamarle a Suri, a la fábrica, *oye, mamá no se despierta, a lo mejor está inconsciente, vete rápido para allá*. Luego le habló a David. Le dijeron que venía en camino para la tienda. No tuvo paciencia de esperarlo. *Dígale que se vaya para la casa de mi mamá; lo están esperando*. Se quedó un momento indeciso. Se le comenzaron a arremolinar las imágenes de mamá en la cabeza y se le apareció por un segundo el rostro de Teófilo Buzali; tuvo que irse corriendo al baño.

Sentado en el retrete, vio a mamá en el aeropuerto, saliendo de entre la multitud, extendiendo sus brazos y asentándole infinidad de besos; sintió sus mejillas cálidas y se sintió reconfortado con la voz ronca que repetía *gracias a Dios que llegaron con bien, gracias a Dios, baruj haShem*, y se besaba dos de los dedos y luego los llevaba hacia su frente en un gesto solemne. Saqui se levantó del excusado y vio en el espejo que había llorado, que sus ojos estaban irritados y que la nariz se le había congestionado. Le llamó a Beni; no estaba en la oficina, le pasaron el número del celular, pero la llamada no entraba, por más que lo intentó. Pasó mentalmente la lista de los hermanos. Le faltaba Abram; se quedó perplejo, no tenía los datos por ninguna parte. Empezó a temblar antes de marcar de nuevo a la casa; contó las veces en que sonaba el teléfono, *siete... ocho... nueve*. Le contestó una voz extraña. *Habla el doctor Teumer; véngase para acá, su mamá ya falleció: no tiene pulso ni palpitaciones cardíacas, además ya está fría*. Saqui vio la pared donde colgaba la mano que le había regalado mamá cuando compró su casa. El doctor insistía en preguntarle cuánto tiempo se tardaría en llegar; a través del teléfono, Saqui logró escuchar un golpe fuerte, como de una tabla que se quebraba y un grito que parecía ser de la voz de Beni. Saqui le dijo a Teumer, finalmente, que le hablaba desde los Estados Unidos. *Ah, perdón..., aquí ya llegó uno de sus hermanos*. Saqui buscó el teléfono de Mexicana en la Sección Amarilla; le contestaron las grabadoras y empezó a azotar la bocina con violencia. En la puerta del refrigerador, pegado con un imán, estaban los números de las escuelas y el del trabajo de Lisa. Escuchó cómo el supervisor le pedía a Lisa que le explicara los asuntos que tenía que atender ese día. Buscó en el clóset la coracha con el talet y los tefilim. Fue lo primero que puso en la pequeña maleta, después no sabía cómo seguir. Agarró todos los calzones y todos los calcetines que encontró y cerró el maletín. Se asomó por la ventana y descubrió el cabello rubio de Lisa detrás de los vidrios polarizados de la camioneta. A punto de salir de la casa, sonó el teléfono; era Elena que le decía *vente pa, vente*. Otro mar como olas desprendidas de su marea salió en caída estrepitosa de sus ojos.

Lisa le comenzó a sobar los hombros, *I'm sorry, honey, I'm sorry*. Saqui se metió a la van y se dejó llevar en el tráfico espantoso del freeway. Entre los coches, aparecía otra vez mamá, en el restaurante español en Veracruz al que no quiso ir nadie porque era taref. A mamá le encantaba probar platillos distintos; este arroz negro le había iluminado la cara, *que Dios me perdone, pero esto está delicioso*. Saqui miró la M gigantesca de un MacDonaldis y volvió otra vez a Veracruz. Ahora estaban sentados todos escuchando música de marimba, y veía a mamá cómo agitaba las manos y asentía con la cabeza confirmando con la vista que estuviéramos contentos y revisando que no hubiera nadie que no se divirtiera. Pelaba unos camarones picosísimos, que le habían servido con salsa chilpotle adicional; al lado, tenía a Simoncito, el hijo de David, el más pequeño de los nietos, y le daba de las papas fritas de su plato. Otro grupo de músicos había irrumpido con un danzón, sobreimponiéndose a la marimba que estaba por terminar su canción. Como si hubiera tenido un resorte en la silla, mamá se levantó a bailar e incitó a Suri y a David para que la acompañaran...

Saqui miró el tráfico y las señales que advertían que había un accidente en el freeway. Tenía la sensación de ir al baño otra vez, pero ahora estaba atrapado en la camioneta; apretó el ano y dejó salir un gas hediondo. Lisa no se atrevió a protestar; simplemente, abrió la ventana y sacó ligeramente la cabeza. Saqui empezó a sollozar a ritmo lento y sostenido. Como no encontró ni klínex, ni servilletas, Lisa le pasó una de las cobijas tiradas en el piso del coche. Al llegar al aeropuerto, Saqui salió disparado, apenas rozando sus labios con los de Lisa. En el mostrador de Mexicana le dijeron que el

próximo vuelo salía en una hora. Corrió luego al baño y volvió a ver el mantillo líquido y maloliente en el excusado. Fue a sentarse a esperar frente a la ventana, pero en lugar de ver los aviones, miró a mamá en la casa, haciendo el kipe de viernes: toda la cocina con olor a apio. Eran diez mujeres sentadas en esa mesa redonda. Había varios platos de aceite. Ya Lupita había pasado la carne y el arroz por el molino tres veces. Otros platos con la masa rosada estaban también disponibles; en ese momento hacían kipe pequeño. Tomaban un trozo de carne, lo hacían bola con ambas manos, se untaban aceite en los dedos y entonces le hacían un hoyo a la bola y le agregaban la carne que iba al centro para cerrarlo. La tía Esther había venido con tres de sus hijas: Sara, Alegra y Sofi; la tía Raquel con su nuera Tere, su hija Gloria y la hija de ésta, Judith; también estaba Zequie Zonana, sobrina de la tía Raquel. Saqui se veía entrar a la cocina y husmear las ollas con los kipes con apio, los kipes con chícharos, el arroz con fideos y los kipes bacha. Se robó un kipe bacha para entretener el estómago. Escuchaba la conversación que en esos momentos giraba en torno al tur del bisnieto de la tía Esther: el primer nieto de Sofi. La mamá del niño estaba en un plan insoportable: no quería darle el honor a su suegra de llevar al bebé a que sea circuncidado. *Oye, a mí me toca, tía*, le decía Sofi a mamá, *primero la familia del hombre y luego la de la mujer, así son nuestras costumbres. Además, yo quería darle la regresada a mi mamá*. Saqui sabía que la te'edme, la señora que carga al niño y se lo lleva ceremonialmente al papá y luego se lo da al sandak para que el moel le practique la circuncisión, tiene una oportunidad de oro para pedirle a Dios sus deseos más grandes, y Adonai escucha porque es una fiesta sagrada.

Del sandak a la señora que lo regresa (la rete) a la mamá del bebé, después de la ceremonia, ya no es tanto honor, pero igual se pelean por ver quién carga al niño. Sofi echaba chispas de pensar que su nuera le quería dar el honor a una amiga. *Es una idiota, si es su primer hijo, ¿cómo se lo va a dar a alguien que ni siquiera es de la familia? Es que entre los yidish no saben y no respetan, tía, por eso le dije a Jacobo que iba a tener problemas si se casaba con esa keble*. Y mamá, que siempre estaba alerta para defender a su familia, ya le estaba hablando a su sobrino para regañarlo. Pero él no hacía caso; se había rebelado contra la comunidad, quería estudiar teatro y ser actor. Todos se burlaban de él. Le decían que se dejara de mamadas y que ya se pusiera a trabajar, *como debe ser*, abrir una tienda porque va a tener familia y se va a morir de hambre. Además, le decía su abuela, la tía Esther, *ese mundo de los actores es de lo peor, lleno de drogas y sharmutas, no es bueno para la familia*. Pero Jacobo se resistía; encontró a Jenny Podgursky, quien lo admiraba por sus esfuerzos y por querer ser distinto.

La prueba de fuego venía ahora, con el hijo. En la cocina, las mujeres discutían si Jacobo iba a dejar la actuación, hacerle caso a su papá y meterse a trabajar en la venta de agujetas para zapatos. Estuvieron de acuerdo en que una vez que él se enfrentara a no poder pagar las cuentas de la casa iba a tener que reaccionar. Empezaron a burlarse de la pareja porque iban siempre de la mano. *No lo suelta ni para ir a la esquina, mana. Imagínate cuando le den un papel a él y tenga que besar a una muchacha. ¡Uli!, se va a morir de rabieta*. La tía Esther dijo que, por lo menos, Jenny era paisana y habían casado a Jacobo a tiempo, antes de que se enrede con una goi. Nadie se percataba que Saqui había estado allí, escuchando, hasta que lo vieron comerse otro kipe bacha. A él le encantaba la comida de los viernes: se podía zampar dos platos bien servidos. Los acompañaba con rábanos, limón y chiles verdes. Ya para la noche, le gustaba comer los kipes grandes de arroz, acompañados de guacamole y de ensalada de jitomates, las calabacitas agridulces rellenas y los kipe bacha con salsa de chile chilpotle. Saqui tuvo que salir de su perplejidad porque comenzaron a anunciar que el vuelo 900, con destino a México, estaba ya listo para abordar. Dijo el Shemá justo antes de que despegaran. Y se acordó de la primera vez que se subió a un avión. Ya papá estaba cansado de sufrir en las carreteras a Acapulco y esa vez decidió darse el lujo. Saqui tenía nueve años. Antes de que el avión se lanzara por los aires, vio la expresión aterrorizada de mamá que les repetía a todos con ansiedad, *digan el shemá, digan el shemá*. Y, así, a cada salto del avión o movimientos intempestivos por turbulencia, mamá saltaba y gritaba *Shemá Israel, Shemá Israel*. Ahora Saqui iba inmuta, veía la ciudad de Los Angeles con cierto pesar. Mamá le había reclamado tantas veces que se regresara y viviera cerca, como todos los hijos, en el D.F., pero él siempre la ignoraba y le decía que el futuro estaba en el norte. Saqui tendría su futuro, pero sin mamá. Ya su contacto de

comunicación con los hermanos, con el resto de la familia, con la comunidad, con México, se había roto. Se decía a sí mismo que el verdadero corte del cordón umbilical había ocurrido ahora. Viajaba para encontrarse con la nada, con el desamparo, con la convicción de que todo su pasado se desmoronaba. Saqui fue al baño pero esta vez no logró evacuar nada. Un fuerte dolor de cabeza lo empezó a abrumar.

Apenas el avión aterrizó en México, Saqui se levantó de su asiento y se puso al frente para salir primero. Una azafata le gritó que tenía que permanecer sentado hasta que hicieran alto total. Pero él hizo caso omiso. Al llegar a la salida de aduanas, vio que había mucha cola para hacer pasar las maletas por las máquinas de inspección; sin pensarlo dos veces, se fue casi al principio y, fingiendo buscar a alguien, se metió a la fila. Escuchó a unos gringos que, desde atrás, le decían en inglés que se formara. Pero él los ignoró. Vio a la multitud, afuera, y las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas otra vez. Ajustó su reloj al horario local y se dio cuenta que ya eran las siete de la noche. Iba a tomar un taxi cuando advirtió que sus primos Aarón y Moni Cohen venían corriendo y haciéndole señas. Moni lo abrazó y, sin pronunciar palabra, lo guió hacia afuera donde estaba un coche esperándolos. Aarón le dijo al chofer que se apurara porque había que llegar a Tecamachalco para alcanzar los rezos. Aunque se imaginaba la respuesta, Saqui les preguntó si ya habían ido al Beth haJaim. *A las tres de la tarde*, escuchó que decía Moni. Saqui se sintió frustrado e impotente, *¿por qué no me esperaron?, ¡yo debí haber estado allí!* y empezó a llorar con furia. Aarón intentó replicarle con suavidad, *no se puede, no se puede, el alma no descansa y en México está prohibido enterrar después de las seis de la tarde; si te hubieran esperado la hubieran tenido que enterrar mañana y eso es jaram. Tu mamá necesitaba descansar.*

El verbo “descansar” le hizo pensar a Saqui que las últimas veces que mamá había ido a recogerlo al aeropuerto ya no podía ni caminar al estacionamiento porque se agitaba mucho. Ahora que lo habían venido a buscar, con chofer en la puerta, se dijo que era una paradoja de la vida, mamá siempre se había valido por sí misma, aun en las peores circunstancias. El chofer se metió por la calle equivocada, y estaba por dar una vuelta larga para evitar ir en sentido contrario cuando Saqui le gritó que se quería bajar allí mismo para no perder tiempo. Los primos accedieron y Saqui salió volando rumbo a la casa. Mientras avanzaba se iba dando cuenta de la cantidad de coches estacionados en la cuadra de la casa; vio a varios de los primos y a otros amigos de Suri. Le hicieron un gesto como para que se detuviera, pero él saludó con la mano y siguió a la carrera. En la puerta estaba Sara Cohen fumando un cigarro, puso su cuerpo grande en la entrada y Saqui no tuvo más remedio que detenerse para darle un beso, *cálmate primo, cálmate, no entres así.* Saqui no entendió por qué se lo decía, y subió las escaleras de dos en dos. La sala estaba atiborrada, no había modo de circular, salvo empujando. En el momento en que entró Saqui, los hermanos decían kadish. El quiso seguirlos desde la distancia, pero el esposo de Sofi Zonana le hizo un gesto con la mano para que parara. Cuando terminaron con el kadish, Saqui abrazó uno a uno a sus hermanos. Lo miraban con expresión de incredulidad, marcados con el gesto patético del dolor, como si los hubieran sellado con hierro candente. Sin parar de leer, el jajam lo condujo hacia una silla para evitar que se sentara en el piso. Saqui se dio cuenta que se había perdido el inicio de minjá por unos cuantos minutos. Las mujeres, arremolinadas en el otro lado de la casa, lo miraban con mucha curiosidad, tratando de vaticinar sus reacciones. Como para confirmar las expectativas, Saqui empezó a sollozar copiosamente, casi gritando entre jadeo y jadeo. Entendió que no podía decir el kadish porque todavía no le habían hecho la kería. De pronto, la jaqueca, que se había intensificado, lo hizo correr al baño. Todo el cuerpo se comenzó a convulsionar y a provocar un vómito. Pero Saqui no lograba sacar nada del estómago. Elena, su cuñada, lo estaba esperando afuera con un vaso de agua. Saqui volvió al sitio designado para los avelim, aunque le volvieron a indicar que se sentara en una silla. Cuando terminaron con minjá, el jajam se acercó a Saqui, lo levantó y empezó a pronunciar las oraciones de la kería para que Saqui las repitiera. *Baruj... atá... adonai... eloheinu... melej... haolam... dayan... haemet...* Saqui repetía con voz débil, titubeante. Luego, el jajam sacó una navaja y le cortó horizontalmente la camisa, cerca del corazón, *jálala para abajo*, le dijo, y Saqui tiró

sintiendo que la herida se hacía más palpable. *Siéntate, roji*, le indicó el jajam con ternura. Toda la gente miraba con ansiedad. Saqui dobló las piernas y se ajustó al cojín que habían colocado en el piso; el jajam pidió que trajeran un pan árabe, un huevo duro y un vaso de agua. Hizo que Saqui masticara un pequeño pedazo de pan con un poco de huevo, y que luego bebiera agua. Se le nubló la vista, mientras intentaba tragar con la congoja. Miró para todos lados, como buscando que se apareciera mamá desde la cocina. Subió las escaleras, entró al cuarto y vio las sábanas aún revueltas de la mañana; una pequeña mancha en la almohada incitó su curiosidad. El cajón del buró estaba lleno de los medicamentos que mamá tomaba a diario. Se imaginó que mamá había muerto instantáneamente, después de una pequeña convulsión. Después, cuando ya quedaba poca gente en la casa, le preguntó al rabino qué significaba morir de esa manera fulminante, durante la noche. El rabino contestó con mucha parsimonia, *es la muerte que todos deseamos, es la que permite que se eleve al cielo con un beso de Dios*.

* **Jacobo Sefamí** é Professor de Literatura na Universidade da Califórnia, Irvine, e Editor Associado da *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, além de editor colaborador de *Handbook of Latin American Studies*

Ilustração: *O beijo*, de Airton Alonso (Lápis de cor sobre papel e pintura digital/19,5x14,5cm).